y otros señores de Tetzcuco. De manera que el primero que hizo oficio de cura y pastor (pues los catequizaría antes de baptizarlos) fue este honrado sacerdote. El cual acto fue de apóstol (pues el oficio de los apóstoles, cuando fueron enviados de Cristo por el mundo, les dijo: Id y enseñad a las gentes y baptizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo); lo cual hizo este buen sacerdote; y creo que quien se ocupaba en obras apostólicas procuraría hacer vida de buen ejemplo. Y porque de la que vivió no tengo ninguna certidumbre no me alargo a más. Porque cuando trato de escribirla es en tiempo que no vive ninguno de los conquistadores; y no soy amigo de contar sueños por verdades, que algunos de los que viven han ido fabricando sobre alguna palabra de verdad que oyeron a sus pasados.

CAPÍTULO XXVIII. *Del otro padre clérigo, llamado el canónigo Juan González, que haciendo vida apostólica predicó y doctrinó a los indios en estas tierras*

PORQUE ESTA NUEVA IGLESIA INDIANA en sus principios fuese adornada con variedad de varones apostólicos y que de todas las órdenes que entonces aquí se hallaban hubiese tales ministros, cuales para la edificación de los nuevos en la fe convenían, quiso nuestro señor Dios poner su espíritu en algunos sacerdotes de la clerecía, para que renunciadas las honras y haberes del mundo y profesado vida apostólica se ocupasen en la conversión y ministerio de los indios, enseñándoles y confirmando con obras la santa doctrina que les predicasen. Porque para predicar el evangelio santo de Cristo es necesario no sólo vivir bien, pero que esta vida santa y buena sea notoria y manifiesta a los que se les predica. Porque si la vida no conforma con las palabras es poner en ocasión de mofar a los que la oyen. Ni tampoco puede quedar ánimo al predicador de reprehender desnudamente: Tanta limpieza pide, como dice San Pablo. Si predicas que no hurten y hurtas, y que no sean deshonestos los hombres, ni carnales y lo eres tú, ¿qué predicación puedes hacer que sea buena? Por esto algunos de estos padres clérigos se apartaron del bullicio de las gentes y hicieron notoria y manifiesta vida ejemplar y santa. Y aunque ha habido y hay muchos ministros de los del clero que se han ocupado, y de presente se ocupan, en la enseñanza de estas gentes en sus partidos (porque hay muchos, en muchos) se señaló entre todos con grandísimas ventajas el canónigo Juan González, ejemplo y dechado de toda virtud.

Fue este santo varón, natural de Valencia de Mombuey, del obispado de Badajoz, hijo legítimo de Juan González y de Isabel García, honrados vecinos de aquel pueblo y de buena vida. Pasó a estas partes mozuelo, por ventura, en demanda de un su pariente llamado Rui González, que fue conquistador, en cuya casa estuvo, algunos años después que vino de España, estudiando en Mexico la latinidad; y después oyendo el derecho

canónico de los primeros catedráticos que hubo en esta tierra. Inclinóse al estado eclesiástico y en él fue de los prelados de la iglesia con mucha aceptación recibido por ser mancebo a todos amable, de aspecto, condición y costumbres de un ángel. Ordenólo de grados y corona y de subdiácono y diácono el primer obispo de Tlaxcalla, don Julián Garcés, y de misa, el de Mexico, fray Juan Zumárraga. El cual, viéndolo al cabo de algunos días en el pueblo de Vevituco (que era como su recámara) aprendiendo la lengua de los indios, y que ya predicaba en ella, cobróle tanta afición y devoción que lo llevó a su casa y lo tuvo en su compañía hasta que le procuró un canonicato en su iglesia de Mexico; el cual sirvió mientras vivió el santo obispo y después algunos años. Mas no hallando en aquel honroso estrado el contento que su humilde espíritu pedía, y considerando lo mucho que podía servir a Dios ayudando a sus prójimos en la conversión de los indios, habiendo tanta falta como entonces había de ministros, renunció el canonicato proponiéndo de vivir pobre y apostólicamente, sin recurso ni proprio adminículo de hacienda temporal.

No estimar las cosas de la vida, hacer poco caso de la hacienda, tener en poco la honra temporal y otras cosas semejantes que se hacen en orden de servir a Dios, aunque parecen actos humanos, son hechos con particular moción de Dios. Porque si la hoja de un árbol no se mueve sin su voluntad, porque ha de enviar aire que la mueva, o por otra manera según pueda moverse, siendo cosa tan leve ésta ¿qué se ha de decir de las tan graves, como son tener en grande menosprecio y ultraje cosas que tanto apetece la condición humana, sino que son hechas por voluntad particular de Dios? La justificación de un pecador tiene principio de dos cosas emanadas y nacidas de Dios: la una, la gracia que los teólogos llaman excitante; y la otra, la gracia adyuvante. Las cuales dos cosas vemos claras y manifiestas en la conversión de San Pablo.[1] Primeramente de aquella reprehensión: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*, y de aquella luz del cielo con que lo rodeó y cercó y lo derribó al suelo, fue movido y excitado el apóstol para convertirse a Cristo. Secundariamente fue misericordiosamente ayudado para que simple y llanamente obediese a su vocación y que dijese: *Señor, ¿qué queréis que haga?* De manera que aquí se verifican estas dos gracias que son excitante y adyuvante.

Dejo, pues, aparte lo que fray Andrés de Vega[2] dice, que muchas veces es necesaria la gracia excitante y otras no, según lo prueba en el libro sexto *De justificatione;* porque la discusión y contienda de esta materia no hace al propósito de este capítulo, sino sólo tratar de lo conveniente para mi intento; y así digo que el moverse el pecador de una vida a otra y convertirse de mal en bien, es con ayuda de Dios y con particular auxilio suyo, porque sin él no volverá en sí el pecador, ni trocará la vida mala que tiene en buena. Que ésta es gracia (según teólogos) preveniente, por ser don sobrenatural y que puede concurrir con pecado mortal, y concurre. Y para el que no lo sabe, digo que el hombre puede pecar las veces que quisiere,

[1] Ac. Apost. 9.
[2] Vega de Iustificat. lib. 6. cap. 7.

pero no convertirse si el favor de Dios no le acude; puede caer, mas no levantarse; echarse en un pozo, mas no salir dél sin favor y ayuda, que es lo que decía el Salvador: Nadie puede venir a mí, si no es guiado y traído por mi padre que me envió al mundo,[3] que es decir: ninguno puede venir a mí del estado de la culpa al de la gracia, si mi padre no lo trae; porque como el pecador es libre para elegir el bien o el mal y esta libertad no se pierde por el pecado, antes siempre queda en pie para complacerse en sus culpas y hacer otras de nuevo, y para dolerse y desear enmendarse de ellas, en que consiste la justificación, es necesario que Dios acuda y que el hombre consienta. Como para sacar a uno del pozo en que se echó y cayó es menester que haya quién le arroje la soga y tire de él, y que el de abajo quiera asirse de ella y trepar con pies y manos para subir arriba. Que es lo que enseñó San Pablo diciendo: Somos los que ayudamos a Dios en nuestra salvación; como el médico que ayuda a la naturaleza, que es el más eficaz medicamento, así la principal medicina y droga del alma y de su salud, es el libre albedrío que ayuda a Dios, consintiendo a sus llamamientos y haciendo lo que es en sí. Esto probamos de esta manera. Como ninguna cosa pueda salir por sí misma de la potencia de la materia y ponerse en acto, y todos los movimientos sean actos del ente en potencia (en cuanto en potencia), y en las cosas que mueven y son movidas no se ha de dar infinidad ni discurso y proceso infinito, porque en lo contrario no sería movimiento, como dice el Filósofo; de aquí es que es necesario que ocurramos a una cosa que sea primera, que la tengamos por movedora de todas las cosas, que concurre con todas las cosas que obran, y éste es Dios. Y así dice el mismo Cristo, por San Juan:[4] Sin mí, ninguna cosa podéis hacer. Pero en Dios se han de considerar dos mociones (no porque Dios se mueva, ni convierta de una cosa a otra, porque Dios es inmutable e invariable), como lo dice por Malaquías:[5] Yo soy Dios y no me mudo. Y Santiago[6] en su primera *Canónica,* dice: Acerca dél no hay transmutación, alteración ni mudanza de uno en otro. Pues decir que hay mutación y trocamiento en Dios, se ha de diversificar de nuestra parte según la diversidad de fines; de los cuales un fin es general o natural de todas las criaturas, porque cada cosa de las criadas se inclinan naturalmente a su fin. Y de aquí se sigue que todo concurso con que Dios concurre a todos los actos naturales, de todas las criaturas, se dice concurso general de Dios o auxilio general suyo. Y de esta manera concurre en el movimiento progresivo del hombre, que es en el crecer y otras cosas semejantes, y de los animales y brutos, en la planta de las viñas, en el edificio de las casas y a todas aquellas cosas que pertenecen al fin natural del hombre. Otro fin hay especial del hombre, que es sobrenatural, que es la visión beatífica, y así a todas las cosas que son pertenecientes a la consecución de este fin se dice concurrir Dios con especial y particular acto. Y esta moción de Dios se dice especial concurso

[3] Ioan. 6.
[4] Ioan. 15.
[5] Mal. 3.
[6] Epist. 1.

y auxilio especial, no porque más íntima, ni más fuertemente se haya en el uno que en el otro, porque Dios haga más fuerza para este auxilio que para el general, porque igualmente se ha en entrambos, según el modo y disposición de la cosa que es movida, y en entrambas cosas la moción y concurso de Dios es el más principal, y mayor eficacia tiene que el concurso de la naturaleza; pero dícese especial auxilio porque endereza a particular y especial fin (que es sobrenatural), y tanto es más particular cuanto la cosa es más conjunta y llegada al fin. Y así, para pensar en la bienaventuranza y tener memoria de los pecados, y acordarse de los juicios tremendos de Dios, se requiere auxilio particular para la contrición, y más particular para merecer, y mucho más particular para el martirio. De manera que es caso necesario el auxilio especial de Dios para convertirse de una vida a otra: de vida pecadora a vida santa y de actos viciosos a actos virtuosos.

Pues de aquí infiero que si convertirse de mal en bien es acto particular de Dios que concurre con el convertido, también será menester acto particular del mismo Dios para dar a entender a un hombre que la bienaventuranza consiste en la pobreza de espíritu, en la mansedumbre, en la caridad y menosprecio de las cosas de esta vida, en las cuales ni hay sosiego ni quietud. Pero decirme han que muchos gentiles fueron pobres y castos y virtuosos moralmente, y que sólo se movieron por conocimiento natural a hacer aquellas cosas, pareciéndoles ser mejores que sus vicios contrarios. Pero digo a esto que es verdad que se movieron a la observancia de estas cosas, pero no sin auxilio de Dios. Y que una cosa es auxilio particular, con conocimiento expreso de que aquellas cosas se deben hacer y dejar por amor de Dios para conseguir la bienaventuranza, y otra cosa es hacerlas con solo conocimiento de la bondad de las cosas, sin mirar a ningún fin, ni esperar por el cumplimiento de ellas la bienaventuranza eterna, que es el fin a que enderezan, los que aman a Dios, todos los actos del menosprecio en que tienen todas las cosas de la vida. Y si estos dichos lo hicieran con este fin, también fueran premiados, como lo son ahora los que lo son, porque llevan este intento. Y si hubo algunos en ley natural que lo menospreciaron todo, por amor de Dios, y vivieron según ley natural y recta, también fueron premiados, como lo son ahora estotros referidos. Porque no basta menospreciar todas las cosas, sino menospreciarlas por amor de Dios, como lo dice San Gerónimo,[7] que Sócrates y otros las menospreciaron; pero que sea por amor de Dios, y para seguirle, es lo que conviene e importa. Esto hizo el varón apostólico Juan González, menospreciandolo todo, a solo fin de seguir a Cristo crucificado y ponerse en la pobreza de los brazos de su cruz, contemplándole en ella pobre y desnudo, oyendo con atentas orejas lo que en ella está diciendo. Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo nidos, pero el hijo de el hombre no tiene lugar donde reclinar la cabeza.

Viéndolo puesto en este estado de pobreza, el virrey don Luis de Velasco

[7] Div. Hier. lib. 2 in Math.

el primero, rogóle mucho e importunóle que tomase un aposento en su palacio, apartado de conversación, donde se estuviese recogido conforme a su deseo, sin obligación de decirle misa ni de hacer alguna cosa más de estarse en su casa y compañía, y que él le proveería de lo necesario para su comer y vestir, Aceptólo el bendito hombre por dar contento al virrey; mas no pudiendo excusar allí importunaciones de personas que se le encomendaban, y como su deseo era ayudar a los indios, a cabo de algún tiempo despidióse del virrey y fuese a la ciudad de Xuchmilco, que era pueblo de mucha gente, y allí estuvo algunos años ayudando a los frailes menores en la doctrina de los naturales, como uno de los súbditos de aquel convento.

Pero deseando aun más soledad que aquélla (porque como era Xuchmilcoco ciudad populosa de indios no dejaban de acudir españoles de Mexico), pasóse a otro pueblo de menos bullicio, junto a la ciudad de Tetzcuco, llamado Huexutla, y con beneplácito del guardián, recogióse en una ermita del Apóstol Santiago, visita deste dicho convento, encargándose de confesar, predicar y baptizar a los indios de aquella vecindad. Lo mismo hizo últimamente en otra ermita de la Visitación de Nuestra Señora, sujeta en la doctrina al convento de San Francisco de Mexico, donde perseveró muchos años y acabó el curso de su vida.

Cuando comenzó esta vida eremítica y solitaria, fue dejando las cosillas y libros que tenía, repartiéndolos por algunos conventos de nuestra orden y entre algunos religiosos particulares amigos suyos. Quedóse con sola una sotana de buriel grueso y un sombrero; su calzado eran unas sandalias que usan los indios, caminando a pie como los frailes franciscos. Era muy ocupado en la lección de los libros y en la santa oración y contemplación; y en esto repartía el tiempo, y en ayudar a los naturales en sus necesidades espirituales y a veces en las temporales. No recebía dellos otra cosa sino sola la comida y ésa muy poca y mal aderezada y, finalmente, como ellos se la querían dar, aunque para su condición bastaba, por ser muy abstinente y penitente, y más cuidaba de la abstinencia que de la comida.

Por el grande ejemplo de su vida santa y doctrina, era muy querido y respetado de los indios, y no menos lo fue de todos los españoles. Siendo tenido por todos en común opinión de santo en especial tenían este reconocimiento los potentados y tribunales, como son virreyes, arzobispos, obispos e inquisidores, y entre ellos se le mostró aficionadísimo el reverendísimo arzobispo, que lo fue de Mexico, aunque murió en Pirú, en el discurso de la visita que fue a hacer a las audiencias de aquellos reinos, llamado don Alonso de Bonilla, siendo inquisidor y deán de la iglesia.

A este señor inquisidor respetaba el bendito Juan González y le obedecía como si fuera su prelado, y ninguna cosa hacía sin su parecer y licencia. Y así, después de haberla pedido para cualquier cosa, al proprio prelado, que era el arzobispo y juntamente a su provisor, también la pedía a su padre y señor el inquisidor. Era tan temeroso de su conciencia y sujeto a la obediencia de sus mayores, habiendo renunciado del todo la voluntad propria, que todos sus papelejos (porque así parecieron a su muerte) eran memoriales de las licencias o exenciones que se le daban para las menudencias que

él pedía. Y todas iban al tono siguiente. Viernes diez y seis de mayo, de mil y quinientos y setenta y dos años, me excetó el señor inquisidor de cualquier mandato que su merced tuviese mandado. Viernes diez y ocho de julio del dicho año, dispensó su merced con los libros que tengo. Viernes veinte y siete de julio de mil y quinientos y setenta y seis años, me dio el señor inquisidor licencia para escribir. Como si no hubiera tenido antes veinte licencias de los arzobispos, y todo iba desta manera.

Siendo el católico rey don Felipe nuestro señor, segundo deste nombre, informado de la calidad de su persona, y como había renunciado el canonicato y se ocupaba en doctrinar a los indios, fue muy edificado dello y envió una cédula muy honrosa y favorable, mandando al virrey desta Nueva España que con particular cuidado tuviese mucha cuenta con la persona del padre Juan González, y le hiciese proveer de todo lo necesario a su mantenimiento y vestuario, y se diese todo favor y calor para la obra de la doctrina en que se ocupaba.

Bien se cumple en este siervo de Dios lo que dice Cristo en su evangelio: Buscad primero el reino de Dios, que como pongáis todo vuestro cuidado en buscarle, él lo tendrá de daros todas las cosas que fueren necesarias para vuestra vida. Porque el que tiene tanto cuidado de hermosear los lilios de los campos y dar olor y fragancia a las flores, vestir los árboles de hoja y los pájaros de pluma, sólo por no desamparar cosa ninguna que haya hecho, también tendrá cuidado de dar pan y de vestir al que, por acordarse dél, se olvida destas cosas; testigos son desta verdad San Antonio y San Pablo ermitaños. Y mucho antes el celoso Elías, que por mano de ángeles recibió viandas soberanas, y otros que lo experimentan.

Llegado este gran siervo de Dios a la última vejez, fue llevado del sobredicho señor inquisidor a su casa, donde tenía el regalo que su edad había menester; no dejaba de decir misa (que era todo su consuelo), y comenzóla a decir el día antes que muriese, que era el último de diciembre, víspera del año nuevo de mil y quinientos y noventa, que pocos menos debía de tener; pero aunque la comenzó decir no la acabó, porque después del credo le dio la enfermedad de la muerte y expiró el día siguiente de año nuevo, a la una hora del día.

No se ha de entender de los que poco entienden que esta muerte fue apriesa y arrebatada, porque los que de veras se dan a Dios andan tan cuidadosos y tan ajustados con sus cuentas que las traen alistadas para cualquier hora que quieran pedírsela. Porque como gente que la fe que tienen en las cosas de Dios es muy viva traen de ordinario en la memoria las palabras de Cristo, que dicen: Velad porque no sabéis el día ni la hora en que seréis llamados, y es necesario que para ocasión tan rigurosa y trance tan horrendo estéis velando; y como saben lo que a las otras diez vírgenes que Cristo puso en su parábola les sucedió, que las cinco por ser locas y descuidadas perdieron la compañía del esposo, velan con las otras cinco y aguardan su venida con cuidado, disponiendo y atizando la lámpara de sus almas con buenas obras; y por esto digo, que aunque venga el esposo a media noche, que es al sueño primero, y cuando parece que todos le duer-

men a rienda suelta, ellos están vigilantes y cuidadosos y a la primera voz que les dicen, ya viene el esposo, se aperciben y se hallan dispuestos para acompañarle. Y aunque los semejantes mueran de repente, no es su muerte para con Dios repentina, porque muere con las calidades que pide una muerte santa y justa, que para el cielo ni hay espacio ni priesas, que aquéllos mueren de espacio, que aunque mueran apriesa van allá, y aquéllos mueren muy apriesa, que aunque estén muchos años en morir no merecen los gozos de la bienaventuranza. De manera que aunque el padre Juan González parece haber muerto en poco tiempo de enfermedad, fue su disposición y apercebimiento tal y casi toda su vida, que más pareció enfermo que se disponía a morir, que hombre sano para vivir la vida, y así murió como vivió; y quiso Dios para su consuelo, ya que en decir misa le tenía, que hasta el último remate de sus días la dijese, y que ya que no la acabase el día antes que muriese, al menos la comenzase y entendiese, que presto había de trocar aquellas vestiduras sacerdotales con otras de gloria, para donde Dios se las tenía guardadas.

Fue su muerte el día octavo del nacimiento de Cristo; para que se verifique en él lo que el profeta Isaías dice de este niño Cristo, antes que sepa llamar a su padre y madre por sus nombres proprios, destruirá a Samaria, este niño, que quiere decir que luego que nazca hará obras dignas de Dios y aunque ya pasó este tiempo de sus divinas hazañas y célebres victorias contra el demonio. Pero quiso que esta memoria de lo que hizo entonces se verificase ahora y puso en estado seguro a este bendito varón para quitar las esperanzas al infernal dragón que anda siempre con presunción (como dice Job) de sorberse las aguas del Jordán, por quien son entendidos los justos y santos que aun son peregrinos y viandantes en esta vida. Y quiso que fuese día de su circuncisión, que fue en el que hizo su primer derramamiento de sangre, para que entendamos que toda la aprovechó este bendito varón, desde la primera gota hasta la postrera, desde su primera efusión, que fue este día hasta la última del Calvario que es el sacrificio que se representa en la misa, siendo tan devoto dél que jamás se le pasó día (pudiendo) que no le celebrase.

Otro día adelante fue su cuerpo enterrado, con la solenidad con que pudiera ser enterrado el mismo arzobispo, concurriendo el pueblo y tribunales de la ciudad; la cual, toda, recibió grande edificación y devoción en ver que los indios de la ermita de la Visitación, donde él solía estar, acudieron todos con velas encendidas en sus manos a honrar el cuerpo de su muy amado ministro. Fue sepultado su cuerpo en la iglesia mayor desta ciudad de Mexico, donde le tiene Dios depositado hasta el día del juicio, que lo sacará de aquel lugar para darle gloria juntamente con el alma.

Tuvo este siervo de Dios especial don de lágrimas, como (de más de personas religiosas que lo conversaron) da testimonio de ello un bufetillo que quedó en su celda del oratorio, en medio del cual tenía fijada la imagen de un crucifijo; y fuera de lo que ocupaba la peana del Cristo, lo demás del bufete estaba regado de unos goterones gruesos de lágrimas que, aunque estaban enjutas, se mostraban bien señaladas y gruesas. Porque según pa-

rece debía de ponerse de codos sobre la mesilla y bufete, contemplando el Señor que en aquella cruz veía crucificado; y considerando la alteza de su persona y majestad de su gloria y el aseamiento con que estaba en la cruz, y que aquel acto de infamia lo había sufrido y tolerado por sus pecados, puesto a sus pies, como otra Magdalena, haría fuentes sus ojos y estilaría por ellas lo más acendrado y puro del sentimiento de su alma.

La oración que es sentida y buena siempre va acompañada con lágrimas, porque como el alma no tiene lengua con que manifestarse toma los ojos por instrumento para darse a entender en todos los actos de su sentimiento. Y como el de más importancia es el hablar con Dios, y cuando se pone a hablarle en secreto, hora sea alegrándose de tenerle por Dios, hora sintiendo lo que hecho hombre pasó por los hombres, siempre descubre con los ojos lo que no puede con lengua, echando agua de ellos, en tanta abundancia, como una lengua abundante y retórica puede formar palabras.

De la sabiduría dice el sabio:[8] Que siendo una todo lo puede. Lo mismo se debe decir de la oración, que es poderosa porque anda hermanada con las lágrimas. En habiendo oración luego hay lágrimas. Tenía Dios determinado de quitar la vida al rey Ezequías, como parece por el profeta Isaías:[9] hace oración y llora y revoca la sentencia. En orando y meditando un paso de la pasión de Cristo o pensando en las penas del infierno, o en otra cosa que toque a las cosas de la salvación, luego vienen las lágrimas a los ojos, porque se enciende el alma con un calor del cielo, y llegando a los ojos sus humos luego los hace llorar y derramar lágrimas. Son tan buenas las lágrimas que pone Dios en ellas la bienaventuranza diciendo: Bienaventurados los que lloran porque serán consolados. Y como los santos saben este lenguaje soberano y traen el alma de ordinario muy tierna, fácilmente lloran. De la gloriosa Magdalena se dice que tenía las mejillas hechas zanjas y canales de llorar, y lo que nos dice San Lucas[10] della, es que lloró tan amarga y lastimosamente, que con estar en pie y ser mujer alta y dispuesta, y Cristo estando recostado, lloró tan copiosamente que no sólo llegaron sus lágrimas a los pies de Cristo, pero que cayeron tantas en ellos que se los mojó y fue necesario limpiarlos con sus cabellos para que se enjugasen. Del glorioso apóstol San Pedro, dice su discípulo San Clemente, que tenía la cara quemada de las lágrimas que derramaba, después que sus ojos se encontraron con los de Cristo en casa de Anás. De mi padre San Francisco se dice que casi perdió la vista de llorar, y por esto alcanzó revelación de que le eran perdonados todos sus pecados y que era predestinado para la gloria. Pero subamos más de punto el valor de las lágrimas, porque sabemos de Cristo nuestro señor haberlas derramado, no una, sino muchas veces. Lloró sobre la ciudad de Jerusalén,[11] en la muerte y resurrección de Lázaro.[12] Y San Pablo[13] dice, que puesto en la

[8] Sap. 7.
[9] Isai. 38.
[10] Luc. 7.
[11] Math. 21.
[12] Ioan. 11.
[13] Ad Hab. 5.

cruz y al punto de la muerte, orando al padre dio una grande voz con lágrimas. Esto de haber clamado Cristo en la cruz, con grande espíritu y vehemencia, dícenlo los evangelistas, pero no que hubiese llorado. Pero puédese deducir como dice Lira, por semejanza y por ejemplo; porque en la muerte de Lázaro, como hemos dicho, dice San Juan que lloró de piedad y compasión; y si por la muerte de un hombre solo, y de muerte corporal, lloró Cristo compadecido de él, de creer es que en la cruz, muriendo por la muerte general de todos los hombres, lloraría. Y esto se ha de entender así porque dice San Juan, al fin de su evangélico libro, que hizo Cristo nuestro señor muchas maravillas y cosas que no se escribieron. Y diciendo el apóstol haber llorado en la cruz, se ha de creer por cosa certísima y verdadera, aunque no se halle escrito en el evangelio. Y parece haber orado Cristo en la cruz, humilde y devotamente, hablando con su padre, y en medio de su coloquio haberse enternecido y haber derramado lágrimas, no por que para sí las había menester, sino en orden de haber de redimir al hombre; y así dice el apóstol que fue oído por su mucho respeto y reverencia.

Es poderosa la oración acompañada con lágrimas; y así las alaba el glorioso San Bernardo diciendo: ¡Oh humildes lágrimas!, vuestra es la virtud, vuestro el poderío, vuestra la potestad, vuestro es el reino, no tenéis vergüenza de entrar solas y sin padrino a la sala de Dios, y de poneros a juicio ante aquel tribunal divino. Lo que allí pedís alcanzáis; si entráis las manos vacías, cuando salís las sacáis llenas de mercedes y misericordias; a los enemigos que acusan ponéis silencio y no hay poder que os estorbe a nada de lo que queréis; vencéis al invencible y rendís al omnipotente. Pues teniendo estas virtudes tan conocidas las, lágrimas razón es que se apetezcan. Y en derramarlas los justos y santos hacen dos cosas: la una, orar a Dios con humildad; y la otra, manifestar la ternura con que con Dios hablan. La cual podemos considerar en este bendito varón Juan González, pues sabemos haber tenido gracia y donación de ellas; y a mayor confirmación digo que se hallaron de estas sus lágrimas en los corporales, con que decía misa, que debía de derramarlas acordándose de las que Cristo derramó en la ofrenda de aquel alto y soberano sacrificio estando colgado de la cruz, como nos acaba de decir San Pablo. El día de los reyes, que después de su muerte se siguió, fue a la visita, donde este santo clérigo había estado, un religioso honrado y grave, llamado fray Juan Baptista, que a la sazón leía teología en el convento de San Francisco de México y les predicó; y en el discurso del sermón les dijo que tuviesen memoria del ejemplo y doctrina que aquel bienaventurado padre les había dado para seguirle. Y en comenzando estas razones, comenzaron a llorar y a derretirse en lágrimas, de donde se colige el amor grande que le tenían. Y mostraban con ellas ser verdad que los había doctrinado santa y religiosamente. Yo fuí luego otro domingo y hallé en la celda donde dormía una tarimilla hecha de palmas en que se acostaba, tan angosta y tan hundida, que si no era para hacer muy grande penitencia no se podía acostar en ella. Jamás encendía lumbre de noche por darse más quietamente a la oración. La comida que los indios le daban, según me certificaron, eran unas yerbas

y unas pocas de tortillas que es su pan, y para que sepan bien han de estar calientes; pero estas dos cosas las ponían, los que se las administraban, en cierta parte del claustrillo; y él salía a la hora que le parecía y tomaba aquella refección después de muchas horas que habían pasado de cuando allí las pusieron. Finalmente, él fue hombre ejemplarísimo y penitente; y no es maravilla porque el que sirve a Dios todo lo tiene en poco, y lo estima por estiércol por ganar a Cristo, como dice San Pablo;[14] y creo, según nuestra fe, que está gozando de Dios con particular gloria por haberla merecido su buena vida y mucha penitencia.

CAPÍTULO XXIX. *Que trata del padre Juan de Mesa, clérigo presbítero, ministro de aquesta indiana iglesia en sus principios*

ARA DESMONTAR Y DISPONER UNA SUERTE DE TIERRA inculta y montuosa suésele buscar gente robusta y de fuerzas, para que ni la espesura del lugar los acobarde, ni el grande trabajo, que en escombrar la tierra ponen, los debilite ni desflaquezca. Lo mismo se verifica en un discreto y sagaz capitán, que para haber de dar batalla a gente robusta y poderosa, pone en la vanguardia la mejor y más fuerte de la suya, para que el impetuoso golpe del enemigo halle en sus fuertes soldados resistencia; y no sólo resistencia sino también ofensa y daño. Dios, que como labrador diligente (que deste oficio se precia en su evangelio) vino a desmontar y talar las breñas y espesuras de la tierra, y a sembrar en ella el grano de trigo que había de ser mortificado para que frutificase en las almas, como él mismo dice por San Juan,[1] escogió para este fin y efecto gente robusta y fuerte con el escudo de su palabra en sus bocas, y la espada o bastón de la cruz en sus manos, rozasen y talasen las breñas y espesos montes de los vicios que tan entretejidos estaban y con tantas raíces, y tan arraigados que para talarlos no bastaban fuerzas de cualesquiera hombres, sino de aquellos solos que Dios escogiese para tan grande y dificultosa obra. Y como capitán valeroso, astuto y sabio que conoce bien el poder del contrario y enemigo, puso gente en la vanguardia que no sólo le resistiese, pero que le acobardase y venciese, que es lo que los apóstoles venían confesando a la presencia de Cristo y diciendo: En vuestro nombre, Señor, vencemos los enemigos, y es poderoso en nuestra boca para sujetar el infierno, como con él le sujetamos.

Estos peones de Dios son los obreros de Cristo que fueron los apóstoles y discípulos que escogió para la obra de la conversión de las gentes, a los cuales hizo tales cuales convenía que fuesen para semejante labor, dándoles las calidades requeridas y necesarias para salir con la siega y llegar a punto la mies de los hombres que la entrojase en sus trojes y cilleros soberanos

[14] Ad Phil. 3.
[1] Ioan. 12.